

Gordon Lish
MI ROMANCE

TRADUCCIÓN DE
JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2014

TÍTULO ORIGINAL: *My Romance*

Published in the United States by the Perseus Books Group,
a successor in interest to Avalon Publishing Group.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



© Gordon Lish, 1993

© de la traducción, Juan Sebastián Cárdenas, 2014

© de esta edición, Editorial Periférica, 2014

Apartado de Correos 293. Cáceres 10.001

info@editorialperiferica.com

www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-97-0

DEPÓSITO LEGAL: CC-216-2014

IMPRESIÓN: KADMOS

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o
parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Para Barbara, mi amada esposa,
y para Don DeLillo II*

Él responde: «Por el orden de las preguntas».

EDMOND JABÈS

*Reina lluvia, lluvia reina,
te lo pido, vete pronto,
reina lluvia, lluvia reina*

Qué incómodo debió de ser para todos vosotros que el recorrido, el espacio entre esta tribuna y el lugar donde me hallaba hasta hace poco sentado junto a Jim Salter, haya sido por necesidad tan largo; y debió de ser aún peor, como ya habréis podido oír, el hecho de no haber contado con la gracia de vuestros aplausos. Como sea, la distancia era demasiado larga para la conveniencia de cualquier espectáculo. Y encima me demoré aún más por culpa de todos estos libros que, como veis, he cargado hasta aquí arriba. A decir verdad, todavía no sé si os voy a leer o no alguno de estos libros, aunque puedo aseguraros que sé muy bien por qué este volumen está entre los libros que traje. Oh, no, en ningún caso lo he traído para leerlo en voz alta, sino más bien para enseñarlo en público antes de entregárselo a Bill Roberson como debida muestra de mi gratitud por la invitación a su congreso de

escritores de la Universidad de Long Island –supongo que así se llama el evento–, verano tras verano. Como podéis ver, se trata de *Q14*, o dicho de manera más formal, se trata del decimocuarto número de *The Quarterly*, la revista literaria que yo mismo edito con el generoso respaldo de Random House. En cualquier caso, quiero que veáis este ejemplar del último número de la revista y que, ojalá, sintáis el urgente impulso de salir a compraros vuestro propio y estupendo ejemplar, antes de que yo le entregue éste a Bill Roberson como una pequeña retribución por las copiosas muestras de cortesía que ha tenido conmigo antes de que yo subiera a esta tribuna. Por cierto, debo hacer notar que esta noche, por primera vez en todos los veranos que he estado viniendo a Southampton a leer por las tardes y a dar clases por la mañana, es mi deber, creo yo, es mi deber deciros que esta noche, de verdad, hice el esfuerzo de pedir un whisky ahí fuera, en el vestíbulo, antes de emprender mi larga marcha hasta aquí arriba. De hecho, ésta es, creo recordar, o quizás no estoy dispuesto a admitir lo contrario, ésta es la primera vez en años que le pido un trago a alguien. Veréis, antes solía beberme una botella y media al día, a veces incluso dos botellas al día, una cantidad que, por cierto, supongo, me complace revelaros, pues soy un tipo bajito, como ya habréis visto, no soy muy alto que digamos,

desde luego lo habréis notado, y un consumo semejante de whisky obviamente es una cosa salida de madre y bastante desproporcionada. Pero dejé de hacerlo, dejé de beber así, de hecho, dejé el whisky por completo en 1983, creo que fue ese año. Estoy casi seguro de que ése fue el año en que dejé de hacerlo, memorizar datos no es precisamente mi fuerte, cosa que mis profesores de gramática en la escuela no consiguieron comprender y menos retener sin cierta dificultad. Bueno, quizás me haya tomado alguna copa en algún lugar en esos siete años. No sé decir cuándo. Lo que sí puedo asegurarnos es que lo hice con Denis Donoghue, un detalle que tal vez recuerdo ahora debido al tamaño de Donoghue, que era un tipo tan alto, tan alto pero tan alto, un tipo inmenso comparado con cualquiera que sea como yo. Bueno, sí, sí, fue justo después de una noche de no sé qué cosa pasmosamente absurda organizada en la Universidad de Nueva York, una especie de camarilla literaria espantosa que se montó allí en NYU. Como sea, fue justo después de aquello cuando Donoghue, mi esposa Barbara y yo nos escapamos al garito más cercano. Sí, sí, fue en el número 1 de la Quinta Avenida donde di el paso decisivo e hice lo que no debía, me tomé una copa, una copa entera; de hecho, no sé si de Metaxa o de J. T. S. Brown. No, no fue de Metaxa, no fue de Metaxa, porque recuerdo que el camare-

ro dijo no, no, no me queda Metaxa. Así que tuve que beber lo que solía gustarme y todavía, supongo, seguiría gustándome igual, esto es, un bourbon conocido con el nombre de J. T. S. Brown. Un vaso lleno hasta el mismísimo borde, dado que me moriría, y me muero aún, de ganas por estar a la altura colosal de la estatura y la inteligencia de Donoghue. A Barbara le dolió muchísimo, creo yo. Ver eso, verme allí sentado bebiendo aquel vaso lleno de whisky puro. Apuesto a que le rompió el alma ver cómo se rompía mi racha de buena conducta que había empezado en 1983, si no me equivoco de año. Pero aquélla había sido una noche terrible para todos, y el que estaba con nosotros era Denis y yo creo que Barbara quería mostrarse permisiva, pues de algún modo la presencia distinguida de Donoghue me concedía quizás una especie de permiso excepcional, de modo que la excepción, su excepcionalidad, daba vía libre a otra excepción. Pero, antes de volver a esta noche, aquella noche con Donoghue fue, lo juro, la única excepción en siete años. Hasta ésta de hoy, o sea, esta noche. Oh, pero no os equivoquéis, por favor, no he tomado una gota de whisky antes de subir aquí. Y no porque no lo haya intentado. O sea, lo he pedido. Ahí fuera, en el vestíbulo, antes de que todos entráramos en el auditorio, se lo he pedido a alguien ahí fuera, un trago, algo de whisky, un licor, me daba igual

de qué tipo. O sea, lo admito, estaba buscando algo que me infundiera ánimos, algo que me ayudara a elevar el tono de voz, pues sentía como si mi voz se estuviera apagando en una especie de ronquera e incluso si llegabais a escucharme bien, aunque hubierais podido escucharme adecuadamente, yo habría sentido que mi voz sonaba débil y aguda y fácil de ignorar. Así que le dije a esta gente –Salter y Madison Smartt Bell, Bill Tester, Bill Roberson, Star Sandow– podría llevar algo encima, una botella, como las pequeñas de medio litro que solía llevar en esos bolsillos tan grandes que suelen tener mis abrigos y pantalones. Una pinta, media pinta, una petaca, lo que fuera. Pero debo deciros que nadie tenía nada, ni Salter, ni Bell, ni Tester, ni nadie. Alper, le pregunté a Eleanor Alper y a Konrad, le pregunté a Evelyn Konrad incluso, incluso a ese joven de ahí fuera, Dios, no puedo creerlo, incluso le pregunté a ese joven a quien todos habéis visto ahí fuera en la mesa vendiendo los tickets y la edición de bolsillo de *Perú*. Por Dios. Pero, como ya dije, nadie tenía nada. O al menos nadie me dijo que tuviera algo. Así que aquí estoy, delante de vosotros, más sobrio que un juez y escuchando cómo mi voz suena tan aguda, tan grimosa y débil, tan absolutamente falta de agallas. Pero, escuchadme, debería estar agradecido. O sea, de que

nadie me haya dicho: «Sí, claro, Gordon, toma, prueba un trago de esto». Realmente debería estar agradecido de que nadie me haya dicho algo así. Porque, veréis, no fue sólo por el abuso de la bebida por lo que me pareció razonable dejar de tomar alcohol. A Barbara no se le rompió el corazón al verme romper mi racha de sequía porque me hubiera visto beber en exceso. No, no, la cosa es que se supone que no debo beber nada de alcohol, nada en absoluto, pero no porque yo sea, digámoslo así, un borracho o algo por el estilo. No, no, mi gran tema con la bebida o, vale, de acuerdo, el hecho de no beber en realidad tiene que ver de manera exclusiva, vale, no exclusiva pero al menos sí especialmente, digamos especialmente, con cierta medicación que estoy obligado a tomar. A saber, el metotrexato. Es una droga conocida con el nombre de metotrexato, la sustancia que debo tomar para mantener –y aquí viene otra palabreja exasperantemente difícil de pronunciar de un modo lo suficientemente claro en este micrófono para que vosotros la podáis escuchar: psoriasis–, la sustancia que me ayuda a mantener mi psoriasis bajo control. Metaxa, metotrexato, psoriasis, por Dios, las palabras de mi vida. Entonces la cuestión es ésta, que el metotrexato que debo tomar me irrita, si la palabra es correcta, bueno, me hace daño al hígado. De ahí que no sea sensato beber, y de ahí que lo

más sabio haya sido dejar la bebida y que haya tenido la suerte de que, en efecto, no hubiera nadie ahí fuera en el vestíbulo que pudiera meter la mano en su bolsillo o en su mochila para cooperar conmigo. Veréis, tomar metotrexato para la psoriasis como hago yo es una práctica que perjudica el hígado más allá de lo razonable; ir aún más allá y añadir whisky a la dieta es, podría decirse, un exceso insultante. En fin, de acuerdo, todo gracias a Salter y a los demás, a Bell y a Tester y a Sandow y a Konrad y a Alper y a Roberson y etcétera, gracias a todos los que dijeron «nanay». Porque esta psoriasis que tengo, en fin, ha empeorado últimamente debido a ciertas pruebas que han tenido lugar en mi vida en los últimos tiempos. De modo que resulta absolutamente inapelable el hecho de que voy a necesitar todo el metotrexato que sea capaz de ingerir en los próximos meses. Sabe Dios que lo único que no quiero es oír al médico diciéndome: «Gordon, se acabó, tu hígado está tan mal que no podrás tomar más ese medicamento». Por otro lado, aquí donde me veis, el metotrexato no es la única sustancia de la que dependo para no acabar todo lleno de llagas, para evitar que acabe convertido de nuevo en una gran llaga. Porque eso es exactamente, para quien quiera saberlo, eso es exactamente lo que la psoriasis ha planeado, ha decidido hacer conmigo una o dos veces, esto es, cubrirme por completo.